

nas lanzas, y el honor de la jornada quedó indeciso. Todos, mantenedores y antagonistas, justaron con igual suerte, con igual valor, acreedores á igual premio. Hubiera pues sido altamente difícil señalar quienes, de los castellanos ó alemanes, eran merecedores del lauro.

No así el segundo día.

Con mayor ó menor suerte habian ya luchado con los mantenedores varios caballeros, cuando se presentaron en la arena tres competidores que fueron atrevidamente á herir las tarjas de guerra.

Furiosos aplausos estallaron en el palenque saludando á los primeros que iban á cambiar la comedia en drama. Ondearon las bandas y las cintas, y el pueblo en particular celebró con gritos entusiastas, con aclamaciones unánimes y repetidas la aparición de los primeros campeones que se presentaban dispuestos á la guerra. Y es que ya, en efecto, empezaban á cansarse los espectadores de asistir solo á un simple juego.

Fáciles eran de reconocer los nuevos caballeros por sus escudos ornados de sus armas. Eran Guillen de Entenza, caballero catalan muy nombrado en los anales del valor, y el conde de Benavente y Rodrigo Pizarro, famosos nobles castellanos que tenian acreditada su bizarría en los palenques y batallas.

Como si conocieran el valor á toda prueba de sus antagonistas, los mantenedores cambiaron de caballo, y, aunque seguros de sus escuderos, examinaron detenidamente sus armas antes de salir al combate.

Al primer encuentro, el conde Baironfosche rodó por el suelo derribado por el de Benavente y tuvo que ser retirado del palenque en brazos de sus escuderos.

Los demás competidores se habian corrido con igual suerte y, armados de nuevas lanzas, volvieron á precipitarse unos contra otros. Lidiaba el de Ofrechans con el de Entenza y el de Berk con Pizarro. Los dos primeros rompieron sus lanzas en el broquel contrario sin victoria por ninguna parte. En cuanto á los otros, habiéndose encabritado en el momento del choque el corcel de Pizarro y rótese la cincha del caballo de Berck, ambos ginetes habian rodado por la arena. Inmediatamente, con una celeridad increíble, el aleman se puso en pié y sacando la espada se adelantó hácia Pizarro que penosamente se habia puesto de rodillas ayudado de su mano derecha. Era que con la violencia de la caída se habia roto el brazo izquierdo. Los jueces del campo acudieron y cruzando sus lanzas proclamaron vencedor al caballero de Berck.

Dos combatientes quedaban y en ellos se concentró poderosamente la atención. Blanco de todas las miradas, los dos campeones se disponian á dispu-

tarse encarnizadamente el honor de los aplausos que debian llover como un torrente sobre la frente del vencedor.

Empuñando nuevas lanzas, fija la vista en el punto que querian herir, inmóviles como estatuas de hierro sobre sus caparazonados caballos, entrambos antagonistas esperaban la señal. Dada esta, se precipitaron con toda la rapidez de sus corceles. La lanza del de Ofrechans dió en el escudo de Entenza con tal fuerza que le hizo bambolear un momento sobre la silla. En cuanto al esforzado catalan habia dirigido la suya contra la visera de su contrario, pero habiéndole fallado la abertura, el acero resbaló sobre el acero sin causar ningun daño.

Como de comun acuerdo, entrambos arrojaron entonces sus lanzas, desnudaron sus espadas, y avanzando uno contra otro, empezó un nuevo género de combate, mas terrible si cabe. Los aceros descargaban horribles golpes haciendo brotar millares de chispas de sus hojas. Entenza era temible en el manejo de la espada y pocos habia que pudieran resistirle, pero su contrario, aunque algo inferior, paraba con mano segura los golpes y con mirada certera aprovechaba los instantes de ataque. Los dos combatientes parecian haber tomado por punto de vista el casco. Las ondeantes plumas blancas de Entenza habian caido una tras de otra y un tajo de su espada habia cortado como un hilo el negro penacho de Ofrechans.

Indecible, inesplicable es el silencio y zozobante curiosidad con que todos los espectadores seguian la reñida lucha, en la que hubo un momento en que el aleman pareció llevarse la ventaja hasta el extremo de palidecer todos los que se interesaban por la suerte del bravo Entenza. Sin embargo, pronto hubo este recobrado el terreno perdido, y queriendo acabar de una vez, empuñó con ambas manos la espada y antes que la punta de la de su adversario le hubiese tocado, descargó un tan terrible golpe sobre su yelmo que, hendiéndose este como si fuera de cuero, abrió paso á la espada que llegó con su acerado filo hasta la cabeza.

En el acto mismo, Ofrechans estendió los brazos, soltó el acero, agitó con sus manos el vacío y, despues de haberse bamboleado un momento, cayó del caballo. La herida era grave.

El entusiasmo del público llegó entonces á su colmo y poco se le faltó á Entenza para ser llevado en triunfo.

Así terminaron las justas del segundo día y todos se retiraron á esperar la nueva aurora que debia presenciar la lucha decisiva, la mas encarnizada, la mas terrible á juzgar por el nombre famoso en la caballería de los tres man-

tenedores y de los varios nobles que se habían hecho inscribir para combatirles.

Aquella noche, para festejar dignamente á los extranjeros, Don Enrique dió una diversion en el alcazar y vióse agrupar en las estancias y salones del mas tarde tan célebre edificio, cuanto notable guardaba entonces Segovia en nobleza, hidalguía, reputacion y belleza.

Presentaba un brillante golpe de vista toda aquella reunion de damas y caballeros y bulliciosamente recorria las estancias tan lujosa multitud, ellas con sus cabellos cubiertos por la redecilla de seda y oro y la caperuza que caia ondulante á lo largo de sus sienes, sus delgados trajes de grandes flores y dibujos, su cinturon del que pendian el alfilerero, la escarcela y el cuchillito con mango de oro y piedras preciosas y sus guantes manoplas perfumados con violeta; ellos con sus vestidos de seda bordados, sus bandas de colores, sus espadas de gala y sus finisimas y labradas dagas de rico puño guardadas en vainas de terciopelo y oro suspendidas del gracioso cinturon.

Los nobles extranjeros á quienes se concedia tan regia hospitalidad y para quienes se celebraba la fiesta, recorrían á su vez las lujosas salas donde la flor de las damas y caballeros de Castilla se entregaba á la galantería y al placer de la danza con todo el abandono y entusiasmo de la juventud y la dicha.

En una habitacion se formaban grupos en torno de los juglares, músicos y trovadores que concurrían para animar el festejo, en otra se discutía y hablaba sobre las hazañas del día, sobre las peripecias del torneo y salían con elojio de todas las bocas los nombres de Entenza, Benavente y Berk; allí un grupo departía de amores y galanteos; mas allá otro auguraba para el siguiente dia los mas famosos hechos de armas; á un lado una solitaria pareja buscaba el alfeizar de una ventana para entregarse sin estorbos á su lánguido diálogo y respirar la brisa cálida de la noche; al otro un jóven doncel de rubia guedeja y ojos melancólicos se mezclaba sonriendo en el laberinto de figuras que formaba la danza, solo para poder aspirar á sus anchas y embriagarse de delicia con el acre y voluptuoso perfume que flotaba, entre la tibia admósfera, al rededor de la dama de sus pensamientos.

Donde se presentaba el grupo mas compacto y mas animado que en parte alguna, era en torno del príncipe Don Enrique con el cual estaban hablando familiarmente los señores de Windeck, de Erxtein y de Balse, mantenedores del torneo en el último dia como ya se sabe.

Mice Roberto hacia justicia al valor de los caballeros que habían tomado parte en la justa y, aunque deplorando las heridas de los vencidos, celebraba y encomiaba el esfuerzo y gallardía de los vencedores.

— Pero todo esto ha sido un juego hasta ahora, — deciale el príncipe Don Enrique, — mañana vereis, mañana es el gran dia. Las mejores lanzas de Castilla se han reservado para lidiar con vos y vuestros dos amigos. Mucho tendreis que hacer para salir airoso.

— Haré todo lo que me permita mi corazon y mi brazo, — dijo modestamente el de Balse, — y si sucumbo, me cabrá al menos la gloria de haber sido vencido por una lanza castellana.

Esta galantería de Mice Roberto arrancó un lisonjero murmullo de aprobacion, y varias manos se tendieron para estrechar con efusion la suya.

— Guardaos sobre todo, — añadió Don Enrique, — del caballero del capúz colorado. Si le venceis á él, podeis estar seguro de vencerles á todos.

— El caballero del capúz colorado! — dijo Mice Roberto. — Y quién es?

— Un aventurero del que nadie sabe el nombre, pero al cual ciertas aventuras y hazañas han dado una nombradía de valor y pujanza, una popularidad tan grande como no la disfruta en el dia ni la ha disfrutado tampoco jamás ningun caballero.

— Y asistirá al torneo? — preguntó entonces Gualtero de Windeck que erguia en medio de todos su corpulenta y agigantada estatura.

— Imagínomelo así, — contestó Don Enrique. — Al menos, esta tarde he dado orden al pregonero real para que en varios puntos de la ciudad proclamara que el llamado caballero del capúz colorado era invitado á tomar parte en la justa del último dia por el príncipe, quien veria con singular placer al desconocido en la arena del combate responder con una nueva prueba de valor á la fama que celebra su pujanza.

— Muy famoso debe ser en efecto, — dijo Mice Roberto, — cuando alcanza el singular honor de que un príncipe le invite públicamente.

— Es tan valiente, — dijo uno de los nobles, — que ninguno como él ha merecido ocupar tanto la conversacion de las damas y ser el asunto de los cantos de nuestros trovadores.

— Pesárame en verdad que hiciera falta, — repuso el señor de Balse. — Deseoso estoy de medir mis armas con las suyas.

— Y nosotros tambien, — añadieron los de Windeck y de Erxtein.

— Confío que no hará falta, porque si hemos de dar crédito á lo que de él publican las trompetas de la fama, no es hombre para faltar á una cita de esta clase.

— Con qué el del capúz colorado? — repitió el de Balse á quien le habia chocado el nombre.

—El del capúz colorado, sí,— repitió Don Enrique.

—Me tarda ya la hora de lidiar con él.

—Y si le venceis, señor de Balse,— exclamó el príncipe,— bien podeis decir que habeis vencido á un verdadero demonio.

Aquí concluyó la conversacion y no tardó tampoco en concluir la fiesta, que damas y caballeros todos necesitaban un poco de sueño y de reposo para estar prontos á las fatigas y emociones de la próxima jornada.

#### IV.

##### EL TERCER DIA.

AMANECIÓ el nuevo día y amaneció iluminando llenas ya de gente las graderías del palenque destinadas al pueblo. Tal era el entusiasmo y afán con que era esperada la tercera jornada, tales las proezas, aventuras y dramáticos episodios que generalmente se creía debían tener lugar, tal en fin la curiosidad escitada y el interés despertado por el pregon de Don Enrique invitando á tomar parte en la justa al del capuz colorado, el caballero popular, que una gran mayoría de pueblo pasó la noche en el palenque para no perder un sitio que pudiera ser usurpado por otros mas felices.

Hé ahí porque cuando aparecieron los primeros rayos del sol estaban ya cuajadas de gente las graderías. Nunca se habia visto concurrencia igual ni multitud mas entusiasta.

Y no se crea que fuese el pueblo solo. La misma impaciencia, el mismo anhelo reinaba entre la clase noble. La curiosidad estaba escitada al último grado por la nombradía que en el suelo castellano habia precedido á Roberto de Balse, á Gualtero de Windeck y á Rodolfo de Erxtein, por la fama de los

varios caballeros que se habian hecho inscribir para lidiar con ellos y con la nueva sobre todo generalmente esparcida de que el misterioso caballero del capúz colorado tomara parte en el torneo.

El príncipe estaba en su palco, la sin par Beatriz en su solio, la corte acomodada en las tapizadas galerías, y eran no mas que las once de la mañana, cuando el son provocador y chillon de los clarines de los mantenedores lanzó á los aires su osado desafío, haciendo palpar y estremecer de esperanza y temor los corazones todos.

Respondieron con no menos arrogancia los clarines de la puerta, y tres caballeros se lanzaron á la arena yendo á herir, despues de varias habilidades de equitacion que les valieron muchos aplausos, los escudos de paz de los mantenedores.

Eran los castellanos de Lara, de Pimentel y de Sanabria.

Apenas se habian colocado en sus puestos, cuando bajaron rápidos á ocupar el suyo los mantenedores que fueron prodigamente aplaudidos de la multitud por la gentileza y el esplendor con que se presentaron armados, así como por su marcial y guerrero desembarazo.

En efecto, se hacian notar por sus agigantadas estaturas que parecian llevar el hierro con la misma lijereza que la paja, y montaban soberbios brutos que ocultaban su buena planta y su orgullosa estampa bajo ricos y lujosos paramentos en que brillaban sobre campos de gules y de plata las armas temidas de sus dueños.

Mice Roberto en particular descollaba entre todos por su talla y armadura. Era esta azul, llena de caprichosos dibujos y perfiles de oro, con el peto y espaldar cuajado de piedras preciosas que rodeaban las cifras entrelazadas de su nombre y señorío vistosamente dibujadas con oro y piedras. Llevaba por cimera en el casco una paloma con las alas desplegadas, un ramo de esmeraldas en la boca figurando una rama de oliva y elevándose de en medio de un grupo de tiernas palomitas que levantaban hácia ella sus cariñosos picos. Cada uno de estos picos sostenia á su vez una haz de ondeantes plumas que juntas formaban el mas gracioso aspecto y que eran blancas y carmesies, colores favoritos de Doña Beatriz de Guzman. Era un galante obsequio del señor de Balse á la reina del torneo, y fuele agradecida esta galantería con una sonrisa de la bella de las bellas que bien merecia una lanzada, y un aplauso unánime del pueblo y de las galerías que bien reclamaba una hazaña.

Embrazaba, sirviéndole de escudo, una airosa adarga en que el sol resplandecia en medio del horizonte con todos sus rayos como si de concentrar